

las calles los encaminaba para allá. Y si el Visorey en aquella sazón ejecutara su determinación, no tuviera dificultad ni resistencia, porque era mucha mas la gente que él llevaba que la que en casa de Cepeda estaba junta. Lo cual dejó de hacer porque Alonso Palomino, que era alcalde en aquella ciudad, le dijo que toda la gente de guerra estaba en casa de Cepeda y querían venir sobre él; por tanto, que se hiciese fuerte en su posada, pues tenía aparejo, y le faltaba gente con que poder acometer á los oidores. Y él, dando crédito á lo que Alonso Palomino le dijo, se metió en su aposento con los capitanes Vela Nuñez, su hermano, y Paulo de Meneses y Hierónimo de la Serna, y Alonso de Cáceres y Diego de Urbina, y con otros criados y deudos suyos, dejando á la puerta de la calle los cien hombres de la guardia que arriba tenemos dicho, para que no dejasen entrar á nadie. En este tiempo también le fué dicho á los oidores que el Visorey estaba en la plaza con determinación de venir sobre ellos; y caso que tenían muy poca gente, determinaron de salir de casa, porque si el Visorey los cercaba, se les quitaría la posibilidad de juntar consigo mas gente. Y así, se fueron á la plaza, y con la que en el camino se les juntó llevaban ya número de docientos hombres; y para su justificación hicieron pregonar la provision, la cual, con el gran ruido, fué de pocos entendida; y llegando á la plaza ya que amanecía, se comenzaron á tirar algunos arcabuces desde el corredor del Visorey y ocupar toda la delantera de la plaza. De lo cual se enojaron tanto los soldados que iban con los oidores, que determinaron de entrar la casa por fuerza y matar á todos los que se lo resistiesen. Y los oidores los apaciguaron, y enviaron á fray Gaspar de Carvajal, superior de santo Domingo, y á Antonio de Robles, hermano de Martín de Robles, para que dijese al Visorey que no querían del otra cosa sino que no los embarcase por fuerza y contra lo que su majestad mandaba, y que sin ponerse en resistencia, se viniese á la iglesia mayor, donde se metieron á esperarle; porque de otra manera ponía en riesgo á sí y á los que con él estaban. Y yendo estos mensajeros, los cien soldados que estaban á la puerta se pasaron á la parte de los oidores, y viendo la entrada libre, todos los soldados entraron en casa del Visorey y comenzaron á robar los aposentos de sus criados, que estaban en el patio. En este tiempo el licenciado Zárate salió de su posada por irse á juntar con el Visorey, y topando en el camino á los otros oidores, y viendo que no podía pasar, se metió en la iglesia con ellos. Oido por el Visorey lo que le enviaban á decir, y viendo la casa llena de gente de guerra, y que la suya mesma le habia dejado, se vino á la iglesia donde los oidores estaban y se entregó á ellos, los cuales le trajeron en casa del licenciado Cepeda, armado como estaba con una cota y unas coracinas. Y viendo él al licenciado Zárate con los otros oidores, le dijo: «¿También vos, licenciado Zárate, fuistes en prenderme teniendo yo de vos tanta confianza?» Y él le respondió que quien quiera que se lo habia dicho, que mentía; que notorio estaba quien le habia prendido, y si él se habia hallado en ello ó no. Luego se proveyó que el Visorey se embarcase y se fuese á España, porque si llegado Gonzalo Pizarro, le

hallase preso, le mataría. Y también temían que algunos deudos del factor le habian de matar en venganza de la muerte del factor y que de cualquiera forma se echaría á ellos la culpa del daño. Y también les pareció que si le enviaba solo, que tornaría á saltar en tierra y volvería sobre ellos; y andaban tan confusos, que no se entendían y mostraban pesares de lo hecho. Y hicieron capitán general al licenciado Cepeda, y todos llevaron á la mar al Visorey con determinación de ponerle en un navío, lo cual no pudieron bien hacer, porque viendo Diego Alvarez de Cueto (que á la sazón estaba por general del armada) la mucha gente que venía, y que traían preso al Visorey, envió á Hierónimo Zurbano, su capitán de la mar, en un batel con ciertos arcabuceros y tiros de artillería, para que con él recogiese todos los bateles de las naos á bordo de la capitana, y él fuese á requerir á los oidores que soltasen al Visorey; lo cual hizo, caso que no le quisieron oír, antes le tiraron ciertos arcabuceros desde tierra, y les respondió con otros desde la mar, y se volvió. Los oidores enviaron en balsas á decir á Cueto que entregase la armada y los hijos del Marqués, y que ellos entregarían al Visorey en un navío; y que si no lo hacían, correría riesgo. La cual embajada llevó, con consentimiento del Visorey, fray Gaspar de Carvajal, que fué en una balsa á ello; y llegado á la nao capitana, dijo á lo que venía á Diego Alvarez de Cueto, en presencia del licenciado Vaca de Castro, que, como tenemos dicho, estaba preso en el mismo navío; y viendo Cueto el peligro en que quedaba el Visorey, echó en tierra en las mismas balsas los hijos del Marqués y á don Antonio y á su mujer, no embargante que los oidores por entonces no cumplían lo que de su parte se habia prometido, amenazando todavía que si no entregaba la armada, cortarían la cabeza al Visorey. Y dado caso que el capitán Vela Nuñez, hermano del Visorey, fué y vino algunas veces, nunca los capitanes lo quisieron hacer. Y con esto, se tornaron los oidores con el Visorey á la ciudad con mucha guarda; y dende á dos días, porque entendieron que los oidores y los otros capitanes que los seguían buscaban formas para entrar con balsas con gran copia de arcabuceros á tomarles los navíos, y viendo que no habia podido acabar con Hierónimo Zurbano que se le entregase, caso que le enviaron á hacer grandes ofertas sobre ello, porque vieron que era mas parte que Cueto, por tener á su voluntad todos los soldados y marineros, que eran vizcaínos, los capitanes de los navíos se determinaron en salir del puerto de los Reyes y andarse por aquella costa entreteniéndose hasta que viniese despacho ó mandamiento de su majestad sobre lo que debían hacer, considerando que habia en la ciudad y por todo el reino criados y servidores del Visorey, y otras personas que no se habian hallado en su prision y muchos servidores de su majestad que cada día se les iban recogiendo en los navíos, los cuales estaban medianamente armados y proveidos, porque tenían diez ó doce versos de hierro y cuatro tiros de bronce, con mas de cuarenta quintales de pólvora; y tenían, demás desto, mas de cuatrocientos quintales de bizcocho y quinientas hanegas de maíz y harta carne salada, que era bastimento con que gran tiempo se

podieran sustentar, especialmente no se les pudiendo prohibir las aguas, porque en cualquier parte de la costa podían surgir, como está dicho; y no tenían mas de hasta veinte y cinco soldados. Y considerando que no tenían copia de marineros para poder gobernar diez navíos que estaban en su poder, y que no les era seguro dejar allí ninguno porque no los siguiesen, otro día después de la prision del Visorey pusieron fuego á cuatro navíos de los mas pequeños, porque no los podían llevar, y á dos barcos de pescadores que estaban varados en tierra, y con los seis navíos restantes se hicieron á la vela. Los cuatro navíos se quemaron todos, porque no hubo en qué entrar á los remediar. Los dos barcos se salvaron, apagando el fuego dellos, aunque quedaron con algun daño, y los navíos se fueron á surgir puerto de Guaura, que es diez y ocho leguas mas abajo del puerto de los Reyes, para proveerse allí de agua y leña, de que tenían necesidad; y llevaron consigo al licenciado Vaca de Castro, y allí en Guaura determinaron de esperar el suceso de la prision del Visorey. Y entendiendo esto los oidores, y considerando que no se apartarían los navíos mucho de aquel puerto, por dejar preso al Visorey y en tanto riesgo de la vida, determinaron de enviar gente por mar y por tierra para tomar los navíos por cualquier forma que pudiesen; y para esto dieron cargo de reparar y aderezar los dos barcos que estaban en tierra á Diego García de Alfaro, vecino de aquella ciudad, que era muy práctico en las cosas de la mar; y teniéndolos reparados y echados al agua, se metió en ellos con hasta treinta arcabuceros, y se fué la costa abajo, y por tierra enviaron á don Juan de Mendoza y á Ventura Beltrán con otra cierta gente. Y habiendo reconocido los unos y los otros que los navíos estaban surtos en Guaura, Diego García se metió de noche, con sus barcas, tras un farallon que estaba en el puerto muy cerca de los navíos, aunque no le podían ver, y los de tierra comenzaron á disparar; y creyendo cierto que eran algunos criados del Visorey ó gente que se queria embarcar, proveyó que Vela Nuñez fuese en tierra con un batel á informarse de lo que pasaba; y llegando á la costa, sin saltar en tierra, dió sobre él de través Diego García con su gente y le comenzó á tirar, apretándole tanto, que se hubo de rendir y entregar el batel. Y desde allí enviaron á hacer saber á Cueto lo que pasaba, diciéndole que si no entregaba la armada matarían al Visorey y á Vela Nuñez. Y temiendo Cueto que se haría así, entregó la armada, contra el parecer de Hierónimo Zurbano, que con un navío, de que era capitán, se hizo á la vela, y se fué á Tierra-Firme, dos días antes que viniese Diego García, porque le mandó Cueto que con su navío se viniese la costa abajo á recoger á todos los navíos que hallase, porque no los tomasen los oidores. Y ellos, desde la armada se fué de los Reyes, temiendo que los deudos del factor matarían al Visorey (como lo habian intentado de hacer), acordaron de llevarlo á una isla que está dos leguas del puerto, metiéndole á él y á otras veinte personas que le guardasen en unas balsas de espadañas secas, que los indios llaman enea. Y sabida la entrega de la armada, determinaron de enviar á su majestad al Visorey con

cierta informacion que contra él rescibieron, y se concertaron con el licenciado Alvarez, oidor, para que le llevase en forma de preso, y para su salario le dieron ocho mil castellanos; y haciendo los despachos necesarios, en los cuales no firmó el licenciado Zárate, Alvarez se fué por tierra, y al Visorey llevaron por la mar en uno de los barcos de Diego García, y se le entregaron en Guaura al licenciado Alvarez con tres navíos, y con ellos, sin esperar los despachos del audiencia (que aun no eran llegados), se hizo á la vela, y al licenciado Vaca de Castro tornaron en un navío, preso como antes estaba, al puerto de los Reyes.

## CAPITULO XII.

De cierto trato que hubo en Lima para soltar al Visorey, y lo que sobre ello acaesció.

En el tiempo que el Visorey estaba en la isla volvieron á los Reyes don Alonso de Montemayor y los demás que con él habian ido en seguimiento de los que fueron á prender el padre Loaysa, á los cuales los oidores prendieron, y á algunos quitaron las armas; y juntamente con algunos capitanes del Visorey y con los que se habian venido del Cuzco, los pusieron presos en casa del capitán Martín de Robles y de otros vecinos. Y pareciéndoles á estos presos que si el Visorey estuviese suelto y en su libertad seria parte para defender la venida de Gonzalo Pizarro y la opresion y daños que se esperaban con ella, especialmente el deservicio de su majestad y la alteracion de la tierra, se concertaron entre sí de juntarse con mano armada y sacar al Visorey de la isla y ponerle en su libertad y cargo; y si para la efectucion deste negocio fuese necesario prender á los oidores, y aun (en caso que no se pudiese hacer de otra manera) matarlos y alzar la ciudad por su majestad; y con los medios que para ello tenían dados fuera fácil cosa ejecutar su intento, si no se descubriera por un soldado al licenciado Cepeda, el cual, con sus compañeros prendió los principales deste concierto, que fueron don Alonso de Montemayor, Pablo de Meneses, Alonso de Cáceres y Alonso de Barrio-Nuevo, y otros algunos. Y haciendo diligencia sobre el negocio, dieron tormento á algunos dellos, que por tener buen ánimo no confesaron, caso que Alonso Barrio-Nuevo confesó alguna parte del negocio, creyendo que con tanto se satisfarian los oidores y no atormentarian á mas. Y por medio desta confesion los oidores condenaron á muerte en vista á Alonso de Barrio-Nuevo, aunque después en revista le cortaron la mano derecha á don Alonso de Montemayor, y á los demás desterraron de la ciudad y tierra. Don Alonso fué padesciendo grandes trabajos hasta juntarse con el Visorey en Tumbes, como abajo se dirá. Después de lo cual, cada día hacían saber á Gonzalo Pizarro lo que habia pasado, porque creyeron que con ello desharia su gente; de lo cual él estaba muy apartado, porque creia que todo cuanto habia pasado sobre esta prision era ruido hechizo, á efecto de hacerle derramar su campo, y después prenderle y castigarle cuando le viesen solo; y así, caminaba siempre en ordenanza y aun mas recatadamente que antes. Después de hecho á la vela el licenciado Alvarez con el Visorey y sus hermanos, el mismo día subió á su cámara,

y queriendo reconciliarse con el Visorey de las cosas pasadas, porque él había sido principal promovedor de ellas y el que con mas diligencia entendió en su prision y en el castigo de los que le querian restituir en su libertad y gobernacion; y le dijo que su intencion de poder del licenciado Cepeda, y porque no cayese en el de Gonzalo Pizarro, que tan en breve se esperaba; y para que lo entendiese así dende entonces le entregaba el navío y le ponía en su libertad, y se metió debajo de su mano y querer, y le suplicaba le perdonase el yerro pasado de haber entendido en su prision y en las otras cosas que después habían sucedido, pues también lo había emendado con asegurarle la vida y libertad. Y mandó á diez hombres que consigo llevaba para la guarda del Visorey que hiciesen lo que él les mandase. El Visorey le agradeció lo hecho y le aceptó, y se apoderó del navío y armas, aunque poco después le comenzó á tratar mal de palabra; y así, se fueron la costa abajo hácia la ciudad de Trujillo, donde les sucedió lo que adelante se dirá.

## CAPITULO XIII.

De cómo los oidores enviaron una embajada á Gonzalo Pizarro para que deshiciese su campo, y de lo que sobre esto acaesció.

En haciéndose á la vela el licenciado Alvarez, se entendió en los Reyes que iba de concierto con el Visorey, así por algunas muestras que dello dió antes que se embarcase, como porque se fué sin esperar los despachos que los oidores habían de dar, que por no venir en ellos el licenciado Zárate se habían dilatado y se le habían de enviar otro día. Lo cual los oidores sintieron mucho, sabiendo que Alvarez había sido inventor de la prision del Visorey y el que mas lo trató y dió la ordenanza para ello, y entre tanto que esperaban á saber el verdadero suceso de aquel hecho, les pareció enviar á Gonzalo Pizarro á le hacer saber lo pasado y á le requerir con la provision real, para que, pues ellos estaban en nombre de su majestad, para proveer lo que conviniese á la administracion de la justicia y buena gobernacion de la tierra, y habían suspendido la ejecucion de las ordenanzas y otorgado la suplicacion de ellas, y enviado el Visorey á España, que era mucho mas de lo que ellos siempre dijeron que pretendian; para colorar la alteracion de la tierra le mandaban que luego deshiciese el campo y gente de guerra, y si quería venir á aquella ciudad, viniese de paz y sin forma de ejército; y que si para la seguridad de su persona quisiese traer alguna gente, podía venir con hasta quince ó veinte de caballo, para lo cual se le daba licencia. Despachada esta provision, mandaron á algunos vecinos los oidores que la fuesen á notificar á Gonzalo Pizarro donde quiera que le topasen en el camino; y ninguno hubo que lo quisiese aceptar, así por el peligro que en ello había como porque decían que Gonzalo Pizarro y sus capitanes les culparían, respondiéndoles que, viniendo ellos á defender las haciendas de todos, les eran contrarios. Y así, viendo esto los oidores, mandaron por un acuerdo á Agustín de Zárate, contador de cuentas de aquel reino, que juntamente con don Antonio de Ribera, vecino de aquella ciudad, fuesen á hacer esta notificacion; y les dieron su carta de creencia, y con ella se partieron hasta llegar

al valle de Janja, donde á la sazón estaba alojado el campo de Gonzalo Pizarro, el cual ya había sido avisado del mensaje que se le enviaba; y temiendo que si le llegasen á notificar se le amotinaria la gente, por el gran deseo que llevaban de llegar á Lima en forma de ejército, y aun para saquear la ciudad con cualquiera ocasion que hallase; y queriéndolo proveer, envió al camino por donde venian estos mensajeros á Hierónimo de Villegas, su capitán, con hasta treinta arcabuceros á caballo, el cual los topó, y á don Antonio de Ribera le dejó pasar al campo, y á Agustín de Zárate le prendió y tomó las provisiones que llevaba, y le volvió por el camino que había venido, hasta llegar á la provincia de Paicaca, donde le tuvo diez dias preso, poniéndole su gente todos los temores que podían á efecto de que no dejase su embajada; y así, estuvo allí hasta que llegó Gonzalo Pizarro con su campo, y le mandó llamar para que le dijese á lo que había venido. Y porque ya Zárate estaba avisado del riesgo que corría en su vida si trataba de notificar la provision, después de hablado aparte á Gonzalo Pizarro, y díchole lo que se le había mandado, le metió en un toldo, donde estaban juntos todos sus capitanes, y le mandó que les dijese á ellos todos lo que á él le había dicho. Y Zárate, entendiendo su intencion, les dijo de parte de los oidores otras algunas cosas tocantes al servicio de su majestad y al bien de la tierra, usando de la creencia que se le había tomado, especialmente que, pues el Visorey era embarcado, y otorgada la suplicacion de las ordenanzas, pagasen á su majestad lo que el visorey Blasco Nuñez Vela le había gastado, como se habían ofrescido por sus cartas de lo hacer, y que perdonasen los vecinos del Cuzco que se habían pasado desde su campo á servir al Visorey, pues habían tenido tan justa causa para ello, y que enviasen mensajeros á su majestad para disculparse de todo lo acaescido, y otras cosas desta calidad, á las cuales todas ninguna otra respuesta se le dió sino que dijese á los oidores que convenia al bien de la tierra que hiciesen gobernador della á Gonzalo Pizarro, y que con hacerlo se proveería luego en todas las cosas que se les habían dicho de su parte; y que si no lo hacían, meterían á saco la ciudad. Y con esta respuesta volvió Zárate á los oidores, aunque algunas veces la rehusó llevar, y á ellos les pesó mucho oír tan abiertamente el intento de Pizarro; porque hasta entonces no había dicho que pretendía otra cosa sino la ida del Visorey y la suspension de las ordenanzas; y con todo esto, enviaron á decir á los capitanes que ellos habían oído lo que pedían, pero que ellos por aquella via no lo podían conceder ni aun tratar dello, si no parecia quien lo pidiese por escrito y en la forma ordinaria que se suelen pedir otras cosas. Y sabido esto, se adelantaron del camino todos los procuradores de las ciudades que venian en el campo, y juntando consigo los de las otras ciudades que estaban en los Reyes, dieron una peticion en el audiencia, pidiendo lo que habían enviado á decir de palabra. Y los oidores, pareciéndoles que era cosa tan peligrosa, y para que ellos no tenían comision, ni tampoco libertad para dejarlo de hacer, porque ya en aquella sazón estaba Gonzalo Pizarro muy cerca de la ciudad, y les tenía tomados todos los pasos y caminos para que nadie pu-

diese salir della, determinaron dar parte del negocio á las personas de mas autoridad que había en la ciudad y pedirles su parecer; y sobre ello hicieron un acuerdo, mandando que se notificase á don fray Hierónimo de Loaysa, arzobispo de los Reyes, y á don fray Juan Solano, arzobispo del Cuzco, y á don Garcí Díaz, obispo del Quito, y á fray Tomás de San Martín, provincial de los dominicos, y á Agustín de Zárate y al tesorero, contador y veedor de su majestad, que viesen esto que los procuradores del reino pedían, y les dieron sobre ello su parecer, expresando muy á la larga las razones que á ello les movían; lo cual hacían, no para seguir ni dejar su parecer, porque bien entendían que en los unos ni en los otros no había libertad para dejar de hacer lo que Gonzalo Pizarro y sus capitanes querían, sino para tener testigos de la opresion en que todos estaban; y entre tanto que se trataba deste negocio, Gonzalo Pizarro llegó un cuarto de legua de la ciudad, y asentó sobre ella su campo y artillería; y como vió que se dilató aquel día el despacho de la provision, la noche siguiente envió su maestre de campo con treinta arcabuceros, el cual prendió hasta veinte y ocho personas de los que se habían venido del Cuzco, y de otros de quien tenía queja porque habían favorecido al Visorey; entre los cuales eran Gabriel de Rójas y Garcilaso de la Vega, y Melchor Verdugo y el licenciado Carvajal, y Pedro del Barco y Machín de Florencia, y Alonso de Cáceres y Pedro de Manjares, y Luis de Leon y Antonio Ruiz de Guevara, y otras personas que eran de las principales de la tierra, los cuales puso en la cárcel pública, y apoderándose della y quitando el alcaide y tomando las llaves, sin ser parte para se lo defender ni contradecir los oidores, aunque lo veían, porque en toda la ciudad no había cincuenta hombres de guerra, porque todos los soldados del Visorey y de los oidores se habían pasado al real de Gonzalo Pizarro, con los cuales y con los que él antes traía tenía número de mil y docientos hombres muy bien armados. Y otro día de mañana vinieron algunos capitanes de Gonzalo Pizarro á la ciudad, y dijeron á los oidores que luego despachasen la provision; si no, que meterían á fuego y á sangre la ciudad, y serían ellos los primeros por quien comenzasen. Los oidores se excusaron cuanto podían, diciendo que no tenían poder para lo hacer; por lo cual el maestre de campo Carvajal en su presencia sacó de la cárcel cuatro personas de los que tenía presos, y á los tres dellos, que fueron Pedro del Barco y Machín de Florencia y Juan de Sayavedra, los ahorcó de un árbol que estaba junto de la ciudad, diciéndoles muchas cosas de burla y escarnio al tiempo de la muerte, sobre no haberles dado término de media hora á todos tres para confesarse y ordenar sus ánimas, y especialmente á Pedro del Barco, que fué el último de los tres que ahorcó, le dijo que por haber sido capitán y conquistador, y persona tan principal en la tierra, y aun casi el mas rico della, le quería dar su muerte con una preminencia señalada, que escogiese en cual de las ramas de aquel árbol quería que le colgasen; y á Luis de Leon salvó la vida un hermano suyo, que venia por soldado de Gonzalo Pizarro, y se lo pidió por especial merced. Y viendo esto los oidores, y que les amenazaba el Maestre de campo que si encon-

tinente no se les despachaba la provision ahorcaría los demás que estaban presos y entrarían los soldados saqueando, mandaron que las personas á quien se había comunicado el negocio trajesen sus pareceres; los cuales, sin discrepar ninguno, los dieron luego para que se le diese la provision de gobernacion; la cual los oidores despacharon para que Gonzalo Pizarro fuese gobernador de aquella provincia hasta tanto que su majestad otra cosa mandase, dejando la superioridad de la audiencia y haciendo pleitomenaje de la obedecer y deponer el cargo cada y cuando que por su majestad y por los oidores le fuese mandado, y dando fianzas de hacer residencia y estar á justicia con los que dél hubiese querellosos. Y habiéndose llevado y entregado la provision, entró en la ciudad, ordenado su campo en forma de guerra desta manera: que la avanguardia llevaba el capitán Bachicao con veinte y dos piezas de artillería de campo, con mas de seis mil indios, que traían en hombros los cañones (como está dicho) y las municiones dellos, y ibalos disparando por las calles. Llevaba treinta arcabuceros para la guarda del artillería, y cincuenta artilleros. Luego iba la compañía del capitán Diego Gumiel, en que había docientos piqueros; y tras ella la compañía del capitán Guevara, en que había ciento y cincuenta arcabuceros; y tras ella la compañía del capitán Pedro Cermeño, de docientos arcabuceros; y luego se siguió el mismo Gonzalo Pizarro, trayendo delante sí los tres capitanes de infantería que están dichos, como por lacayos. El venia en un muy poderoso caballo, con sola la cota de malla y encima una ropeta de brocado. Y tras él venian tres capitanes de caballo, en medio don Pedro Puertocarrero, con el estandarte de su compañía en la mano, que era de las armas reales; y á la mano derecha Antonio Altamirano con el estandarte del Cuzco, y á la mano izquierda Pedro de Puelles, con el estandarte de las armas de Gonzalo Pizarro. Y tras ellos se seguía toda la gente de caballo armados á punto de guerra. Y en esta orden fué á casa del licenciado Zárate, oidor, donde estaban juntos los demás oidores, porque él había fingido estar enfermo por no ir á la audiencia á le rescebir; y dejando ordenado su escuadron en la plaza, subió á los oidores y le rescibieron, haciendo su juramento y dando sus fianzas. Y de allí se fué á las casas de cabildo, donde estaban juntos los regidores, y le rescibieron con las solemnidades acostumbradas. Y de allí se fué á su posada, y su maestre de campo aposentó la gente de pié y de caballo por sus cuarteles, en las casas de los vecinos, mandándoles que les diesen de comer. Esta entrada y rescibimiento pasó en fin del mes de octubre del año de 44, cuarenta dias después de la prision del Visorey, y de ahí adelante Gonzalo Pizarro se quedó ejerciendo su cargo en lo que tocaba á la guerra y cosas dependientes della, sin intrómeterse en cosa ninguna de justicia, la cual administraban los oidores, que hacían su audiencia en las casas del tesorero Alonso Riquelme. Y luego Gonzalo Pizarro envió al Cuzco por su teniente á Alonso de Toro, y á Pedro de Fuentes á Arequipa, y á Francisco de Almen-dras á la villa de Plata, y á las otras ciudades á otras personas.

## CAPITULO XIV.

Que trata de la edad y condiciones de Gonzalo Pizarro y su maestro de campo, y de lo que hicieron los vecinos de los Charcas que venían á servir al Visorey.

Porque lo mas que de aquí adelante se tratará en esta historia es sobre lo tocante á Gonzalo Pizarro y á su maestro de campo, hasta que fueron vencidos y muertos, converná para mejor inteligencia dello escrebir sus edades y condiciones. Gonzalo Pizarro cuando comenzó á introducirse en esta tiranía era hombre de hasta cuarenta años, alto de cuerpo y de bien proporcionados miembros; era moreno de rostro, y la barba negra y muy larga. Era inclinado á las cosas de la guerra y gran sufridor de los trabajos della; era muy buen hombre de caballo de ambas sillas y gran arcabucero; y con ser hombre de bajo entendimiento, declaraba bien sus conceptos, aunque por muy groseras palabras; sabia guardar mal secreto, de que se siguieron muchos inconvenientes en sus guerras. Era enemigo de dar, que tambien le hizo mucho daño. Dábase demasidamente á mujeres, así á indias como de Castilla.

El capitán Carvajal era natural de un lugar de tierra de Arévalo, llamado Ragama, de linaje de pecheros. Fué soldado en Italia mucho tiempo, desde el conde Pedro Navarro. Hallóse en la prisión del rey de Francia en Pavia, y de allí se vino con él una mujer de buen linaje, llamada doña Catalina de Leyton, y aunque publicaban ser casados, comunmente decían que no lo eran, antes algunos afirmaban que había sido fraile y aun de evangelio. Venido en España, residió algun tiempo en la encomienda de Heliche por mayordomo della. De allí pasó á la Nueva-España, llevando consigo esta que llamaba su mujer. Proveyó el Visorey de un corregimiento en aquella provincia, con que se mantuvo algun tiempo, hasta que sucedió en el Perú el alzamiento de los indios, para lo cual le envió el Visorey con las armas y socorro que arriba tenemos dicho, y por llegar en tal coyuntura, el Marqués le dió unos indios en el Cuzco, donde residió hasta que vino el visorey Blasco Nuñez Vela, que estaba á punto de venirse á Castilla con hasta quince mil pesos que había habido de sus indios, y por no tener en qué embarcarse se quedó en la tierra. Era de edad de ochenta años, segun él decía. Era hombre de mediana estatura, muy grueso y colorado, diestro en las cosas de la guerra, por el grande uso que della tenía. Fué mayor sufridor de trabajos que requeria su edad, porque á maravilla se quitaba las armas de día ni de noche, y cuando era necesario tampoco se acostaba ni dormía mas de quanto recostado en una silla se le cansaba la mano en que arrimaba la cabeza. Fué muy amigo del vino; tanto, que cuando no hallaba de lo de Castilla bebía de aquel brebaje de los indios mas que ningun otro español que se haya visto. Fué muy cruel de condicion; mató mucha gente por causas muy livianas, y algunos sin ninguna culpa, salvo por parecerle que convenia así para conservacion de la disciplina militar; y á los que mataba era sin tener dellos ninguna piedad, antes diciéndoles donaires y cosas de burla, mostrándose con ellos muy bien criado y comedido, en forma de irrisión ó escarnio. Fué muy mal

cristiano, y así lo mostraba de obra y de palabra. Era muy codicioso y robó las haciendas á muchos; tanto, que poniéndolos en estrecho de muerte, los rescataba las vidas, y así acabó la suya tan miserablemente y sin esperanza de su salvacion, como adelante se dirá. Pues tornando á la historia, ya dijimos arriba haber salido de la villa de Plata el capitán Luis de Ribera, teniente de gobernador, y Antonio Alvarez, alcalde ordinario, con toda la gente de la villa, en busca del Visorey; los cuales anduvieron por el despoblado mucho tiempo, sin saber nueva ninguna de lo sucedido, y después supieron nuevas de la prisión del Visorey y del buen suceso de Gonzalo Pizarro; lo cual sabido después de muchos acuerdos que tomaron Luis de Ribera y Antonio Alvarez, como mas principales en el negocio, no se osaron tornar á la villa de Plata, y metiéronse entre los montes con los indios, y otros se tornaron á la villa y otros se fueron á la ciudad de los Reyes, y fueron perdonados por Gonzalo Pizarro, aunque todos los reparcimientos dellos los puso en su cabeza, y mandó que Francisco de Almendras los cobrase para los gastos de la guerra; y llegando Francisco de Almendras á los Charcas, perdonando á algunos de los huidos, se recogieron á la villa, y allí vivían, aunque desposeídos de sus haciendas, algo maltratados de Francisco de Almendras, hasta que sucedió lo que adelante harémos relacion. Tambien dijimos arriba cómo el licenciado Alvarez, después que se hizo á la vela con el Visorey y le puso en su libertad, luego se juntaron entrambos navíos, en los cuales iba su hermano y muchos criados suyos, y otros amigos que tambien echaban de la tierra con el Visorey. Y hecho esto, fueron su camino hasta que aportaron al puerto de Tumbes; y el Visorey con el licenciado Alvarez saltó en tierra, dejando guarda en los navíos, y luego en aquel puerto comenzaron á hacer audiencia y despachar provisiones por todas partes, haciendo relacion de su prisión y de la venida de Gonzalo Pizarro y de todo lo mas acontecido, mandando en ellas que todos le acudiesen; las cuales provisiones envió á Quito y á San Miguel y á Puerto-Viejo y Trujillo. Proveyó tambien capitanes que fuesen á todas partes, entre los cuales proveyó á Hierónimo de Pereira para que fuese á los Bracamoros. Y desta manera estaba en aquel puerto, acudiéndole de todas partes gente, y fortaleciéndose lo mejor que podía, enviando á todas partes por bastimentos, mandando que le trujesen los dineros de las cajas del Rey; lo cual tambien se hacia con mucha diligencia, porque de todas partes le acudian con todo lo que había; aunque en los pueblos adonde enviaba tambien había discordias, porque algunos se huían á Gonzalo Pizarro á dalle las nuevas de lo que pasaba, otros se metían en los montes, huyendo de sus casas; de manera que así estaba el Visorey en el puerto de Tumbes tratando sus negocios en la forma sobredicha; la cual luego supo Gonzalo Pizarro, que estaba en la ciudad de los Reyes, y vió muchos mandamientos y provisiones de los que el Visorey hacia; y primeramente proveyó sobre este caso que el capitán Gonzalo Díaz y el capitán Hierónimo Villegas, y el capitán Hernando de Alvarado, que estaba en Trujillo por teniente de Gonzalo Pizarro, fuesen á recoger

toda la gente que hallasen por aquellas partes para que no acudiesen al Visorey, y porque con ella le pudiesen estorbar que no estuviere tan despacio, y dalle algun desasosiego, y aun, segun entonces se entendió, se les mandó que aunque tuviesen copia de gente no le diesen batalla.

## CAPITULO XV.

Cómo Gonzalo Pizarro y sus capitanes acordaron de enviar al doctor Tejada á España para dar cuenta á su majestad del estado de los negocios, y cómo el licenciado Vaca de Castro se alzó con un navío en que estaba preso, en que el capitán Bachicao había de llevar á Tierra-Firme á Tejada, y cómo Bachicao se embarcó con él en ciertos bergantines, y de camino tomó al Visorey su armada, que tenía en Tumbes, y á él y á su gente hizo retirar á Quito, y él se fué á Tierra-Firme.

Muchos dias había que se trataba de enviar procuradores á su majestad en nombre de Gonzalo Pizarro y de todo el reino para que le diesen cuenta de lo acaecido, porque esto deseaban algunos porque los negocios no fuesen desvergonzados contra su majestad; otros, especialmente el Maestro de campo y el capitán Bachicao, lo contradecían, diciendo que era mejor para cualquier efecto esperar que su majestad enviase á saber cómo no le enviaban dineros de su hacienda, porque entonces se le daría cuenta de todo lo acaecido, cuanto mas que el Visorey se la habría dado muy larga, porque estaba claro que su majestad le daría mas crédito que á lo que ellos le dijese; estaban ya muy arrependidos de no haber preso á los oidores y enviándolos á dar cuenta á su majestad de la prisión del Visorey. Después de muchos acuerdos que sobre lo arriba dicho se tuvieron, se determinó que el doctor Tejada fuese á España, en nombre de la audiencia, á dar cuenta de la prisión del Visorey y dar relacion á su majestad de lo demás acaecido, y que tambien fuese Francisco Maldonado, maestre sala de Gonzalo Pizarro, con algunas cartas suyas, sin que llevase otros recaudos ni poderes, considerando que en todo esto se hacían dos cosas: lo uno, cumplirse con lo que decían que enviase procuradores; y la otra, deshacer el audiencia; porque enviando al doctor Tejada, oidor (como lo pretendía hacer), el licenciado Zárate no podía hacer audiencia solo; lo cual comunicaron con Tejada, y él se concertó que dándole seis mil castellanos era contento de ir á hacer la jornada; luego entre él y el licenciado Cepeda ordenaron los despachos, los cuales ellos dos firmaron. Después de hecho todo, se determinó que en un navío que estaba en el puerto, en que el licenciado Vaca de Castro estaba preso, fuese Hernando Bachicao con buena artillería á llevar al doctor Tejada y Francisco Maldonado, y que llevasen sesenta hombres de su guarda y que tomasen todos los navíos que hallasen en la costa; lo cual determinado y puesto á punto, y el doctor Tejada asimismo para embarcarse, el licenciado Vaca de Castro se dió tal maña, que con un deudo suyo, llamado García de Montalvo, que le fué á visitar, sobornó los marineros, á unos por fuerza y á otros con halagos, y se hizo á la vela en el navío. Lo cual, como fué sabido por Gonzalo Pizarro, se alborotó en gran manera, así por haber estorbado aquel viaje, como porque se sospechó que algunas personas hubiesen dado ayuda al licenciado; y luego toca-

ron arma y empezaron á prender todos cuantos caballeros sospechosos había en el pueblo, así de los que se habían huido del Cuzco como de los que no habían acudido á Gonzalo Pizarro de otras partes; todos los echaron presos en la cárcel pública, y entre ellos llevaron al licenciado Carvajal, al cual Francisco de Carvajal, maestro de campo, mandó que se confesase y hiciese su testamento, porque ya estaba determinado que muriese. Él con buen ánimo comenzó á hacer lo que le mandaba, y aunque le daban tanta prisa que acabase, estando el verdugo presente con un cabestro y garrote en la mano, que sin duda se pensó que muriera, y considerando la calidad de su persona, que no era para ponelle en aquellos términos para dejalle vivo, tambien se entendía que, muerto el licenciado Carvajal, había de haber gran mortandad de los demás que estaban presos, que fuera gran pérdida, por ser la mas principal gente de aquel reino y los que habían acudido al servicio de su majestad. Estando en estos términos el licenciado Carvajal, algunos iban á hablar con Gonzalo Pizarro, diciéndole que mirase la gran parte que el licenciado Carvajal era en la tierra, y que, habiéndole muerto el Visorey su hermano tan sin culpa como era notorio, pues la mas principal culpa por donde decía haberle muerto era porque el licenciado Carvajal andaba con Gonzalo Pizarro, lo cual estaba claro no ser así; pues, como el mismo Gonzalo Pizarro lo sabia por cartas del factor, se había huido de su campo y venido á servir al Visorey; y que no era justo que le matase, considerando todo esto, y que le había de servir, aunque no fuese por mas de por vengar la muerte de su hermano; y en cuanto á la huida de Vaca de Castro, ya estaban satisfechos que él ni los otros no habían entendido en ello, sino que tras cada ocasion los prendían y molestaban, sin tener consideracion mas de que era gente sospechosa en el negocio en que andaban. Gonzalo Pizarro en todo esto estaba tan enojado, que á ninguno quería oír, ni le podían sacar mas palabra de que no le hablase nadie en ello. Visto esto, el licenciado Carvajal y sus amigos acordaron llevar el negocio por otra vía, y dieron al Maestro de campo un tejuelo de oro de dos mil pesos, y prometiéronle mucho mas muy secretamente, lo cual aceptó; y luego comenzó alfojar en el negocio, y fué y vino á Gonzalo Pizarro; en fin, que el licenciado Carvajal y los demás fueron sueltos; y luego tornaron á aderezar la partida de Hernando Bachicao, y allegó entonces al puerto un bergantín de Arequipa, y con otros que se aderezaron, metiendo en ellos cantidad de artillería de la que Gonzalo Pizarro trajo del Cuzco, Bachicao se partió con el doctor Tejada y Francisco Maldonado y sesenta arcabuceros que se pudieron haber y quisieron ir con él. Y desta manera se fué por la costa sobre aviso que el Visorey estaba en el puerto de Tumbes. Y una mañana llegó al puerto, y luego fué visto por la gente del Visorey y dióse á arma. Y pensando el Visorey que Gonzalo Pizarro venía por la mar con mucha gente, á mas prisa, con ciento y cincuenta hombres que tenía, se fué huyendo la vía de Quito, y algunos dellos se le quedaron, que rescibió Bachicao, y tomó dos navíos que halló en el puerto, y fué á Puerto-Viejo y á otras partes, y recogió ciento y cincuenta